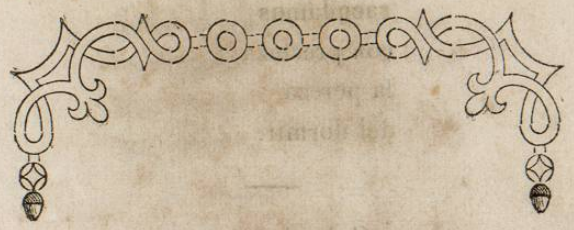
PARTE SEGUNDA.



EL AMANECER.

—

Claro el dia
ya amanece,
resplandece
bello el sol;
de luz clara
cielos ciñe,
nubes tiñe
de arrebol.

—

Dulce canto,
vario trino
peregrino
se hace oir;

sacudamos
con presteza
la pereza
del dormir.

Golondrina
deja el nido,
su chirrido
ya entonó;
suspendida
de alta reja
blanda queja
ya exhaló.

Nos convida
la frescura
de aura pura,
que el olor
grato esparce,
que en el prado
le ha prestado
linda flor.

Bala tierno
ya el cordero,
dá el carnero
ronca voz;

lanza el toro
su mugido
su ahullido
can feroz.

Pasta yerba
fresca y pura
en llanura
mansa grey;
cruje el yugo
del arado,
muy pesado
tira el buey.

Ya comienzan
avecillas
en cuadrillas
á trinar;
y en el bosque
sus amores
los pastores
á cantar.

Ronca sordo
golpe crudo
que dá rudo
leñador;

y del árbol
ya tronchado
derribado
con fragor.

Hermosea
nube cándida
con sus rayos
claro sol;
purifican
oro fúlgido
los ardores
del crisol.

Bate ronco
bravo y férvido
viento rudo
la ancha mar;
hondos truenos
suenan hórridos,
vuelve el eco
su bramar.

Ya revuelve
viento rápido
denso polvo
con furor;

negra mira
nube túrgida
tembloroso
labrador.

. . . . . .

UNA MAÑANA

DE PRIMAVERA.

¡Qué bello es el despertar
del Abril en la mañana
al sonido de campana
que comienza ya á llamar
á la misa mas temprana:
Y escuchar la golondrina,
que saludando á la aurora
gorgeando silva y trina,
mientras sol naciente dora
su pluma tan bella y fina:
Y ver el sol que matiza
de la ciudad los cristales,
y el aura que se desliza
entre los bellos rosales
y sus hojas mece y riza:
Ver la risueña campiña
salpicada de rocío,
y ver el ave donosa

que en las arenas se posa
de la corriente del rio!
Mientras tanto el labrador
pasa con buey ayuntado
arrastrando ya el arado
para ganar con sudor
de negro pan un bocado.
Ya la afanosa aldeana
atravesando el sendero
marcha á la villa cercana
para que aquella mañana
salga su fruto el primero.
Natura que ya retoña
contempla el pastor atento,
y pasado algun momento
el eco de la zampoña
lleva en sus alas el viento.
Y la yerba va comiendo
el ganado quieto y manso
y el pastor va precediendo,
da un momento de descanso,
y otra vez va prosiguiendo.
Ya se escucha en la ciudad
el ruïdo del martillo,
y vése con claridad
salir de la oscuridad
las banderas del castillo;
Y el crugido de las puertas
que se abren de par en par,

y el sol se comienza á alzar,
y empiezan á murmurar
las calles antes desiertas.

EL RUISEÑOR.

Apacible ruiseñor,
hechizo de la pradera,
que con trino tan meloso
saludas la primavera;
Mientras el céfiro blando
lleva en sus alas donosas
el perfume de jazmines
y el aroma de las rosas;
Mientras el arroyo claro
con murmullo se desata
y serpea caprichoso
con sus raudales de plata;
Con el lustre de su arena,
cual pece que se desliza
con el brillo de oro puro
que sus alitas matiza;
Tú escondido en la espesura
que quiebras del sol el rayo,
que te resguasdas del viento
y de la lluvia de Mayo;

En el hueco de una copa
en verde y frondosa rama
reposando un ruiseñor
dulces trinos exhalara.
Su soltura y desenfado
y su manera galana
á gran trecho del contorno
el oido embelesaba.
Tal vez silba de repente,
tal vez un momento para,
y otra vez el aire llena
con voz sonora y gallarda.
Despues ahueca sus tonos
y pia con voz pausada,
y otra vez como un torrente
caprichoso se desata.
¿Oís? parece un suspiro
de un pecho abrasado en llama,
que sus acerbos penares
con dulce gemido calma.
¡Qué capricho! ora gorgea,
ora remeda algazara
del estallar ruïdoso
de la alegre carcajada.
Avecilla misteriosa
que dentro el ramaje cantas,
no sé si cantas tu dicha
ó si tus penas amargas.

Mas ó bien seas felice,
ó bien seas desdichada,
te lo ruego: del jardin
por largo tiempo no salgas.
No temas, no tocaré
ese verdor do te paras
esa sombría espesura
que conozco que te agrada.
Y si tienes allí el nido
do hijuelos tiernos regalas,
aunque escuche yo sus pios
si á tu tierna prole halagas,
No te recates; ni esquivo
receles de mi mirada,
que seria yo bien fiero
y bien ingrato pagara.
El embeleso indecible
que me das por la mañana,
cuando tus trinos entonas
antes de rayar el alba.

LA FLOR EN EL VALLE.

Linda flor, que ufana creces
á la márgen de ese rio,
y que en soledad te meces
con el aura del estio,

Dime quién te puso aquí,
quién lanzó aquí tu semilla,
que sola te encuentre ahí
de esas aguas á la orilla:

Verde tallo, la hoja bella
de delicados colores,
y en tu cáliz una estrella
como reina de las flores.

¡Qué hermosa por la mañana
cuando del aura al murmullo
ostentas tu faz ufana
desplegando tu capullo!

En los brazos de aire blando
que te mece con dulzura
tu cabeza reclinando
acrecientas tu hermosura.

El te dá frescor templado,
tú le das aroma suave,
y él mas ligero que el ave
de su pliegue perfumado

Por la pradera derrama
el aroma de tu aliento,
mientras suspira en la rama
con languidísimo acento.

Le plugo á naturaleza
el darte quien te resguarde,
que no pierdas tu belleza
con el calor de la tarde.

Cuando el sol te ha regalado,
te cubre la fresca sombra,
y tu pié está rodeado
de un tapiz de verde alfombra.

De tí la abeja afanosa
chupa jugo de ambrosía,
y en tí juega todo el dia
la pintada mariposa.

El reptil, que se desliza
serpenteando en la grama
y la pradera matiza
con el brillo de su escama,

No te daña con su huella,
que cuando se acerca y mira
y te ve tan tierna y bella,
con largo rodeo gira.

Bella flor, hermoso adorno
de esas orillas amenas,
otra flor no hay en contorno,
mas tú su vacío llenas.

Que me places mas á mí
en el valle retirada,
que no si te viera aquí
en bello jardin plantada.

Y es mas bella la natura
con atavío sencillo,
que la afectada hermosura
ceñida de falso brillo.

Si te llegare á tocar
con sus dedos el humano,
en vez de te hermosear
te agostaria su mano.

EL ARROYUELO.

Cual fluye ese arroyuelo,
asi pasa la vida
feliz, quien olvidado
de pompa fementida
sintiere que sus horas
se deslizan tranquilas,
cual corre mansamente
la clara fuentecilla;
y el ama candorosa
sin pliegue de malicia
en limpio y bello seno
retratara su dicha,
que ese lindo arroyuelo
bien muestra la arenilla,
el oro y bellas perlas
que en su seno se abrigan.

LA FUENTE EN EL DESIERTO.

Hija amable del desierto,
encanto de la pradera,

que entre la flor y la yerba
te deslizas tan ligera:
Que esmaltas con ricas perlas
de tus hermosos cristales
esa arena por dó corres
entre espesos matorrales:
Que con plácido murmullo
á luengo trecho estendido
das aliento al pasagero
á quien la sed ha rendido:
Dime, quién te dió tan puras
las aguas de tu corriente,
quién hizo que aquí brotases
en ese erial tan ardiente?
¿Quién te dió que en las arenas
de soledad abrasada
formases con tu frescura
esa alfombra regalada?
Que en ese desierto inmenso
¡ay! mal hado fuera el mio,
si tus aguas se secáran
con el ardor del estío.
Con la boca ardiente y seca,
sin aliento ya en el pecho,
agobiado de cansancio,
la posada á largo trecho....
Mas ahora de tus aguas
con la agradable frescura
templada mi sed ardiente

entre plácida verdura,
Refociladas mis fuerzas
para seguir mi camino,
me siento ya con aliento
de llegar á mi destino.
¡Fuentecita! no sin pena
me despido de tu orilla,
y de tus verdes tapices,
y de esa arena que brilla:
Queda en paz que aquí tal vez
Dios de bondad te crió
para conservar la vida
á otro sediento cual yo.

UNA ESCENA DE EDEN.

Las yerbas y flores
tapizan el suelo,
las aguas reflejan
azulado cielo.
Arroyos serpean
todo en derredor
y esparcen en torno
lijero rumor.
El árbol levanta
su copa lozana
con flores y frutas
hermosa y ufana.

Suave airecillo
las halaga y mece,
les imprime un beso
y desaparece.
De las ramas cuelga
gracioso el nido
cual cesto de mimbres
de hermoso tejido.
El ave afanosa
cantando su amor
le cubre y ablanda
con hojas de flor.

Sobre la blanda yerba reclinada
en las aguas de fuente cristalina
de Adan la compañera afortunada
miraba su belleza peregrina.
El apestado aliento del infierno
aún no deshiciera
la hermosura y la vida que el Eterno
en su rostro imprimiera.

Sus ojos respiran
amor y ternura,
sus labios destilan
candor y dulzura.

La nieve y la rosa
su tez hermosean,
dorados cabellos
lijeros hondean,
Y á veces jugando
cúbrenla un instante,
y despues mas bella
descubre el semblante.

El temor, los deseos turbulentos,
la envidia, los dolores y los males,
que hasta nuestros placeres y contentos
nos cambian en angustias funerales.
En tan afortunada criatura
asiento no encontraban,
y el asilo de cándida inocencia
humildes respetaban.
Plácida y complaciente la natura
halaga, sí, un cuidado cariñoso,
nada le ofrece que dañarla pueda
ni su calma turbar y su reposo;
Mas el reptil infame,
que con mágica maña nos hechiza
blandamente la lame
mientras por su regazo se desliza.

Tal vez al ruido
de rama agitada

vuelve derepente
su faz sonrosada;
y es Adan que coje
manzana sabrosa
para regalarla
á su tierna esposa.
Al verle le llama
la fruta pidiendo;
y Adan afanoso
se la dá riendo;
y al tocar sus labios
la fruta esquisita
tierna lo agradece
con blanda risita.

. . . . . .

EL VUELO.

Era una hermosa mañana,
el sol doraba ya el techo,
y dejando el nido estrecho
el ave echaba á volar
y mientras se remontara
por el aire en raudo vuelo,
aliviaba yo mi anhelo
con solo la contemplar.

¡Avecilla! tú dichosa
con tus alas peregrinas
el aire surcas y trinas
con dulzura sin igual;
y yo gimo aquí en la tierra
agobiado de penares,
y con sombríos pensares
acreciento mas mi mal.

LA PALOMA.

Blanca paloma, que vuelas
y que tan airosa subes
á lucir tu bella pluma
en el seno de las nubes:
¡Ay! dejaste sin sospecha
tus pichoncitos pïando,
y piensas tornarte luego
y acallarlos arrullando:
Mira ¿no vez el azor
volar rastrero y mañoso
para hundir su fiera garra
en tu pecho candoroso?
¿No escuchas con su chirrido
cómo te avisan las aves,
y tú en vuelo distraido
dando vas giros suaves?

¡Ay de tí! llega el azor
mas leve que la saeta,
y con negra y cruda garra
tu pecho rasga y aprieta:
Va cayendo á gruesos copos
tu plumage como nieve,
y él dando crudo alarido
se pierde de vista en breve.

LAS ALAS DEL TIEMPO.

Las horas van deslizando
sobre mi frente lozana
dejando su huella insana
marcada sobre mi tez;
y el relox señala lento
con campanada sonora
el paso de fugaz hora
que no verá ya otra vez.
Las hojas caen al suelo
sacudidas por el viento,
y marchito y polvoriento
veo el tallo de la flor;
¡ay! pena da contemplarlos,
asi pasa nuestra vida,
era ayer planta florida,
despues la seca el calor.